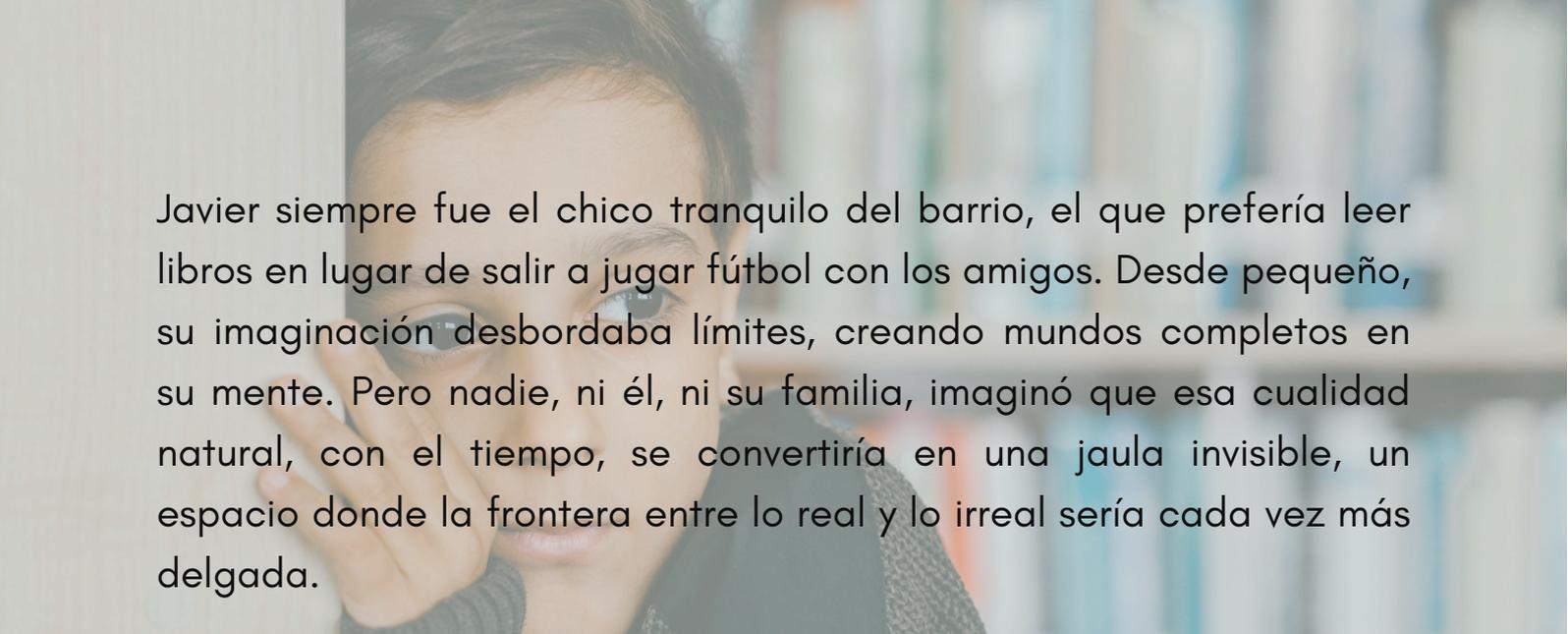


En el Filo de la Realidad



POR PAULA VALENCIA L.

Cali, Colombia, 2023



Javier siempre fue el chico tranquilo del barrio, el que prefería leer libros en lugar de salir a jugar fútbol con los amigos. Desde pequeño, su imaginación desbordaba límites, creando mundos completos en su mente. Pero nadie, ni él, ni su familia, imaginó que esa cualidad natural, con el tiempo, se convertiría en una jaula invisible, un espacio donde la frontera entre lo real y lo irreal sería cada vez más delgada.

Todo comenzó de manera sutil, como ocurre con muchos casos de esquizofrenia. Javier tenía 20 años cuando empezó a notar que algo en su percepción del mundo cambiaba. Al principio, eran solo voces, susurros leves que parecían provenir de su entorno. Creyó que era su mente divagando, como tantas otras veces. Sin embargo, esas voces comenzaron a ser más insistentes. No solo las escuchaba en momentos de soledad, sino en la cotidianidad: mientras estudiaba, mientras cenaba con su familia, incluso cuando estaba con sus amigos. Eran comentarios inconexos, a veces imperceptibles, pero su frecuencia iba en aumento.

Javier comenta con la mirada perdida:

“Al principio, pensé que solo era mi imaginación, que esas voces eran parte de mi mente, creando cosas como siempre, soñando despierto. Pero con el tiempo, me di cuenta de que no podía ignorarlas más, porque de un momento a otro retumbaban mi cabeza.

Hace una pausa, y agrega:

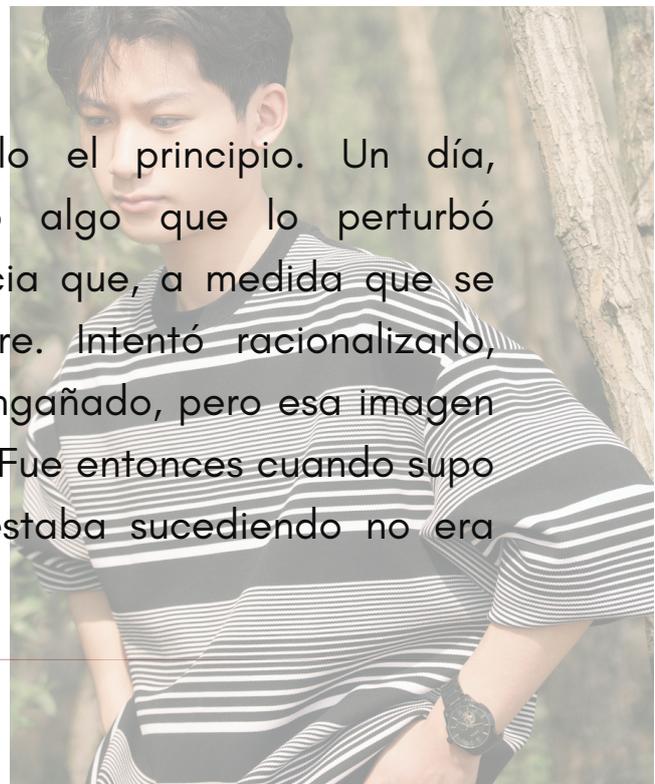
“Es difícil, no solo escuchar las voces o ver cosas que los demás no ven, también lo es, que nadie entienda lo que estás viviendo o pretendan que nada sucede.

Su familia lo notaba cada vez más retraído, más distante.

“Es solo estrés por la universidad, decían, buscando razones que pudieran explicar el cambio.

Pero Javier sabía que había algo más, aunque no podía entenderlo. Intentaba ignorar esas voces, convencerse de que eran producto de su imaginación. Pero pronto, esas voces comenzaron a volverse hostiles, diciéndole que la gente a su alrededor hablaba de él, que lo observaban y lo juzgaban. Esa sensación de paranoia empezó a crecer, hasta que estar en lugares públicos se convirtió en una tortura.

Las alucinaciones auditivas fueron solo el principio. Un día, caminando por el parque, Javier vio algo que lo perturbó profundamente: una figura en la distancia que, a medida que se acercaba, parecía disolverse en el aire. Intentó racionalizarlo, convencerse de que sus ojos lo habían engañado, pero esa imagen se quedó en su mente como una sombra. Fue entonces cuando supo que algo andaba mal, que lo que le estaba sucediendo no era normal.



Las semanas siguientes fueron una espiral descendente. Las alucinaciones visuales se hicieron más frecuentes. Javier empezó a ver rostros que cambiaban de forma, a percibir figuras oscuras en los rincones de su habitación, a sentir presencias que no existían. El miedo y la confusión lo llevaron a encerrarse en sí mismo, a evitar el contacto con los demás. A menudo se quedaba en su cuarto durante horas, hablando solo, intentando dialogar con esas voces que lo atormentaban.

Su familia, ya preocupada, decidió intervenir. Una tarde, tras una conversación dolorosa, lo llevaron al médico. Lo que siguió fue un largo proceso de diagnóstico que culminó con una frase que lo dejó sin aliento: esquizofrenia paranoide.

“El diagnóstico me cayó como un balde de agua fría. Escuchar la palabra 'esquizofrenia' fue como si me marcaran de por vida,

menciona con voz apagada.

El impacto fue devastador, no solo para Javier sino también para su familia. La palabra resonaba en su mente como una sentencia. No sabía mucho sobre la esquizofrenia, solo lo que había visto en películas o leído en algún lugar. Pero la realidad de vivir con ese diagnóstico era muy diferente.



A partir de entonces, la vida de Javier cambió por completo. Inició un tratamiento con antipsicóticos, medicamentos diseñados para controlar las alucinaciones y los delirios. Sin embargo, el proceso de ajuste fue complicado. Los primeros meses estuvieron llenos de efectos secundarios: fatiga constante, falta de concentración, problemas de sueño. A menudo, Javier sentía que era prisionero de su propio cuerpo, que había perdido parte de su esencia en la lucha por controlar su mente. **dice pensativo:**

“tomar los medicamentos me ayudó, pero también me quitó parte de mí. Me sentía como si mi cuerpo ya no me perteneciera. Era extraño estar tan despierto, pero al mismo tiempo tan lejos de mí mismo.

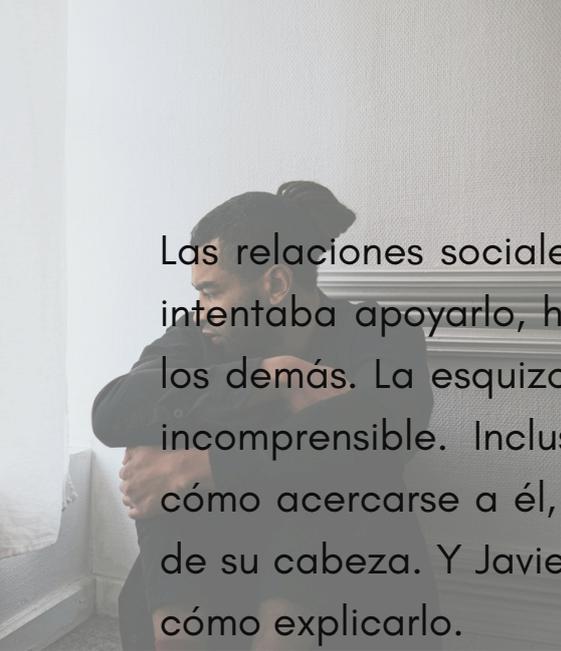
Pero, más allá del tratamiento médico, lo que más le dolía era el estigma. De un día para otro, la noticia se propagó entre amigos y conocidos. Lo que antes eran simples miradas de curiosidad, se convirtieron en miradas de lástima o miedo.

“¿Has oído que Javier está loco?

se escuchaba en susurros.

Lo peor no era que lo dijeran a sus espaldas, sino que algunos incluso se alejaron, como si su diagnóstico fuera una enfermedad contagiosa. **Suspira y menciona:**

“La peor parte no es lo que sucede en mi cabeza, sino cómo me miran los demás. De repente, ya no soy Javier, soy 'el chico con esquizofrenia'. Como si eso fuera lo único de mí, ¡y no!



Las relaciones sociales se volvieron más difíciles. Aunque su familia intentaba apoyarlo, había una barrera invisible que lo separaba de los demás. La esquizofrenia, para muchos, seguía siendo un enigma incomprensible. Incluso quienes lo querían, a menudo no sabían cómo acercarse a él, cómo entender lo que estaba pasando dentro de su cabeza. Y Javier, inmerso en su propia batalla, tampoco sabía cómo explicarlo.

Un día, en una de sus sesiones de terapia, su psicóloga le dijo algo que marcaría el comienzo de su proceso de aceptación:

“Javier, la esquizofrenia no te define. Es parte de ti, pero no eres tú.”

Esa frase resonó en su mente durante días. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que había una luz al final del túnel, que tal vez, solo tal vez, podía aprender a vivir con su condición sin dejar que lo consumiera por completo.

Javier lo cuenta con orgullo:

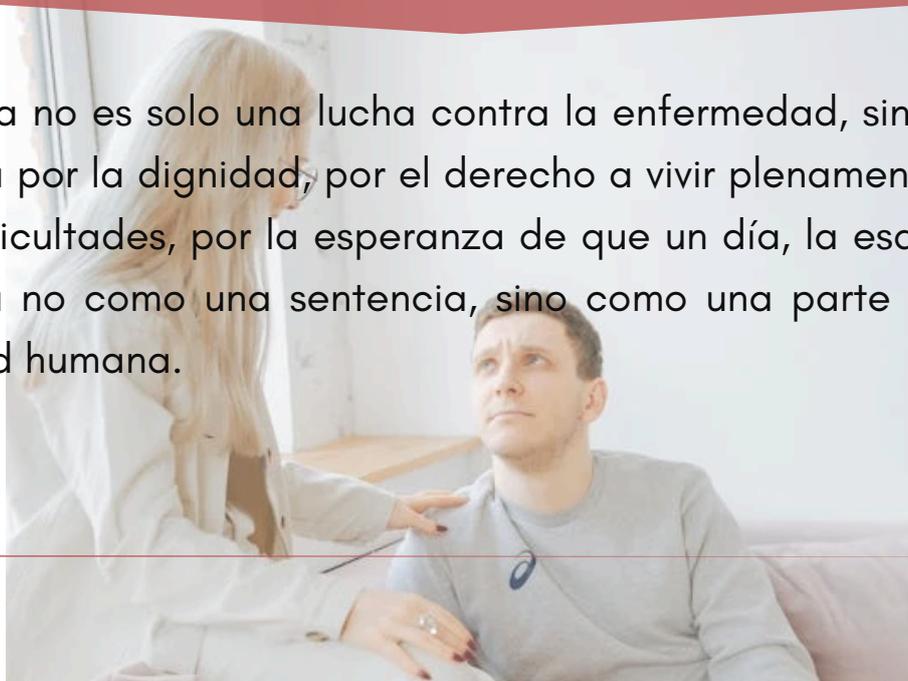
“He aprendido a reconocer las señales. Sé cuándo algo va mal, cuando las voces comienzan a intensificarse o cuando la paranoia intenta apoderarse de mí. Es una batalla diaria, pero he aprendido a pelearla.”

Los años pasaron y, aunque las alucinaciones no desaparecieron por completo, Javier logró recuperar una parte de su vida. Se convirtió en un defensor de la salud mental, compartiendo su experiencia en grupos de apoyo y conferencias. Descubrió que hablar sobre su esquizofrenia no solo lo ayudaba a él, sino que también rompía las barreras del estigma, esas mismas barreras que tanto daño le habían hecho.

Hoy, Javier sigue lidiando con su condición. Tiene días buenos y días malos, momentos en los que el filo de la realidad es tan delgado que le cuesta discernir entre lo que es real y lo que no. Pero, a pesar de todo, ha aprendido a convivir con su mente, a no dejar que la esquizofrenia lo defina. Porque, **como él mismo dice:**

“Vivir con esquizofrenia es caminar en el borde, pero eso no significa que no pueda seguir adelante, un paso a la vez. A veces, siento que podría caer en cualquier momento, pero también sé que puedo mantener el equilibrio si voy con calma.

Su historia no es solo una lucha contra la enfermedad, sino también una lucha por la dignidad, por el derecho a vivir plenamente a pesar de las dificultades, por la esperanza de que un día, la esquizofrenia será vista no como una sentencia, sino como una parte más de la diversidad humana.



Si te gustó y quieres apoyarme
puedes donar:

